



mos habitantes de la Capadocia se distinguen por los autores de tiempo de los persas, por *Sirios blancos* (1), á fin de distinguirlos de los verdaderos sirios. «Su cútis, dice Strabon, era más blanco que el de sus compatriotas del Sur.» Es verosímil que ellos mismos se dieran este sobrenombre por vanidad.

La mayor parte de los pueblos orientales tienen á gran honra llevar un sobrenombre que simbolice la blancura de su tez. De aquí vienen los nombres de *Hunnos blancos de horda de oro*, entre los habitantes de Calmuk y otros. La emperatriz de Rusia no era ménos conocida entre los pueblos del Asia oriental, por el nombre de *la Zarina blanca*.

La Capadocia del Ponto, y más tarde el Ponto, estaba tambien habitada en parte por los sirios blancos, es decir, del lado occidental, á lo largo del rio Halys (2). Pero en otro tiempo habia otras muchas naciones, procedentes tal vez de las comarcas septentrionales, que siguieron llevando una vida salvaje. Es posible que las tierras del Oeste hayan estado sumisas á los persas, y que formaran una satrapía, segun lo refiere Strabon (3); pero los pueblos del Este, defendidos por sus bosques y por sus montañas, no temian á los persas; parece, sin embargo, que les acompañaban en sus expediciones y de buen grado por alcanzar el botin. Jenofonte y otros autores contemporáneos dan de ellos bastantes noticias, y tienen por cierto todo el interés que inspira al hombre civilizado la pintura de las costumbres y de la vida de las naciones bárbaras. En la parte oriental del país estaban los heniocos ó conductores de los carros, cuyo nombre indica su manera de vivir y su origen. Vivian una vida nómada, y llevaban en los carros sus viviendas, siguiendo el uso de muchas tribus tártaras. Sacando partido de la proximidad del mar, se habian tambien dedicado á las piraterías, á las que les convidaban los ricos navíos mercantes de la Grecia. Los calibes, conocidos ya en tiempo de Homero por sus minas de plata, vivian con ellos en las montañas. Aun en tiempo de Jenofonte explotaban ellos sus minas, pero no les ofrecian más que minerales de hierro (4).

ve claramente que tampoco ellos saben gran cosa. No habia en el Asia Menor pueblo más bárbaro que la Capadocia. Entre los romanos no alcanzaban otro mérito que el de llevar bien las literas sobre sus grandes espaldas.

- (1) Herodoto, V, 49; Strab., p. 819.
- (2) Strab., p. 822.
- (3) Strab., p. 808. Este país en ninguna otra parte se le ha considerado como satrapía.
- (4) Jenofonte, *Op.*, p. 357.

Estaban entonces bajo la dominacion de sus vecinos, más poderosos que ellos, los mosinecios, uno de los pueblos más bárbaros y más salvajes del Asia, cuyo jefe ó rey vivia á expensas del público en una torre de madera, que no podia abandonar. Sus habitaciones estaban elevadas sobre la cima de las montañas á ciertas distancias, de suerte que podian prevenirse de un ataque por señales. Sus alimentos consistian en peces secos y castañas, que les proporcionaban sus vastos bosques. Segun Jenofonte, daban tanto de comer á los niños de los grandes, que su gordura casi igualaba á su altura. Ejercian la piratería, pero solamente en canoas, que no tenian de tripulacion más que tres hombres, dos combatientes y un remero. Tenian sus cuerpos pintados de flores, siguiendo la costumbre de los pueblos salvajes. Los tibarenios, sus vecinos, y cuyo terreno era ménos montañoso, tenian costumbres más apacibles. Este país tocaba con la grande y fértil llanura de Temiscira, antigua morada de las amazonas, que constituye una de las comarcas más preciosas del Asia. Está cubierta de huertas y de árboles frutales en union de una grande extension de montañas, cuyas mejores clases viven sin cultivo alguno. El vino y los cereales prosperaban allí tambien, y sus bosques eran abundantes en caza. En el litoral habia ciudades griegas comerciales, Amisus y Trapezus (Trebisonda), colonias de Mileto, fundadas para favorecer la navegacion en el Mar Negro y el comercio con los naturales.

En el centro del país se levantaba la ciudad de Camana, que tomó su constitucion de una ciudad de la gran Capadocia.

Esta constitucion era religiosa; el pontífice ejercia una especie de soberanía en la ciudad y en los alrededores, ó distrito urbano. Varios miles de esclavos de los dos sexos pertenecian al templo, y estaban sumisos al gran sacerdote; poseia además grandes extensiones de terreno.

Una jerarquía parecida se habia formado tambien en muchas ciudades del Asia Menor, como en Pesininte (Frigia) (1). Su origen aún no está comprobado; pero la tradicion le remonta á los tiempos más antiguos. Situados sobre los grandes caminos por donde iban las caravanas de la Armenia al Asia Menor, servian tambien estas ciudades de depósitos generales para el comercio. El comercio y la religion estaban ajustados á los más estrechos lazos. Las fiestas de los sacerdotes eran á la vez los dias de los grandes mercados, adonde

- (1) Strab., p. 838, 851.



afluian ininidad de extranjeros, que como todo lo que se refiere al comercio, hasta las mujeres públicas estaban bajo la proteccion inmediata del templo, ó bien consagradas á la divinidad. Hé aquí, pues, el mismo fenómeno que se suele hallar en muchos estados del Africa interior, donde el comercio, unido con la religion ó con una especie de culto, hacia nacer desde la más remota antigüedad asociaciones políticas, y formaba una jerarquía semejante á la organizacion de las ciudades asiáticas.

Al Oeste del Ponto estaba situada la Paflagonia, separada de aquel únicamente por el rio Halys, cuya extension por este lugar es de dos estadios y no podia pasarse á no ser en barco (1). La parte oriental del país tenia tambien altas montañas, que era necesario cruzarlas para ir de Amisno á Trebisonda; pero la parte occidental era una grande y extensa llanura, regada por varios rios. Criábanse en estas comarcas excelentes caballos, y la caballería paflagónica era considerada como la mejor de toda el Asia. El país en verdad ocupado por los persas y los paflagonios, se nos ofrece en la lista de Herodoto como pueblo tributario (2). Pero eran muy poderosos, para que los persas pudiesen ejercer sobre ellos una soberanía absoluta. Por el contrario, les vemos en tiempo de Jenofonte casi completamente independientes bajo la conducta de sus propios jefes, que aunque ordinariamente aliados con los persas, no titubean, sin embargo, en circunstancias favorables en abrazar la causa de los griegos; pues que ellos eran bastante fuertes para hacer pesada su alianza en medio de un ejército de 120.000 hombres (3). Habia tambien en Paflagonia Sinope, colonia de Mileto, la más floreciente de todas las ciudades situadas sobre las riberas del mar.

Formaba una república particular con un gran territorio; sin embargo, fué en diferentes épocas tributaria de los persas.

Nos resta hablar de entre los países septentrionales del Asia Menor, de la Bitinia, situada al Oeste. En general, es un país bastante fértil, tan unido y tan rico en pastos como la Paflagonia, aunque en su parte occidental se encuentre el Olimpo, montaña elevada y de muchas prominencias. Estaba habitada, como el Ponto, por varios pueblos; pero todos eran de origen jafético y llegados de la Tracia (4).

A falta de ciudades habitaban en los gran-

- (1) Jenofonte, *Anal.*, *Op.*, p. 358.
- (2) Herodoto, III, 90.
- (3) Jenofonte, I, c.
- (4) Herodoto, I, c.

des lugares, cuyo interior estaba poblado enteramente. Las tierras llanas eran ricas en granos de varias especies, en legumbres, en viñas y en rebaños de ovejas.

Tambien se sacaba allí el aceite de sésauco como en otras muchas partes del Asia. Grandes bosques se extendian á lo largo de la costa, que suministraba muchas y excelentes maderas para la construccion de barcos, y para el uso de los habitantes de la colonia griega Heraclea (1). No hay país del Asia Menor que ofrezca ménos noticias sobre la época persa, y cuyas relaciones con esta sean más difíciles de fijar.

Herodoto cita algunos de estos pueblos en su lista de las satrapías y ejércitos del Imperio (2); pero es verosímil que no fueran tratados de la misma manera por los persas. El pueblo principal era el de los bitinios, que habitaban la parte occidental del país y obedecian á un gobernador, que ordinariamente era tambien sátrapa de la pequeña Frigia, y tenia su asiento en Dascilium, sobre la frontera entre los dos países, donde habia en abundancia todo lo que pudiera contentar el enorme lujo de los gobernadores (3). Las demás tribus de la Tracia, que ocupaban la parte oriental del país, no reconocian su gobierno y tenian para sí elegido un soberano; pero era aliado y tributario de los persas; por su parte, los sátrapas de las provincias limítrofes le enviaban tropas auxiliares en caso de ataques, especialmente de parte de los griegos; esto servia de garantía contra toda invasion enemiga.

Tenemos que hablar aún de la costa meridional del Asia Menor, que comprendia la Licia, la Panfilia, con la Pisidia y la Cilicia: todos estos países están sembrados de montañas; pues en Cilicia es donde empieza la cordillera del Tauro. La naturaleza de su suelo ha hecho siempre muy difícil la conquista, y aunque los persas los contasen entre sus provincias, no siempre formaban parte de ella.

Los habitantes de la Licia más cercanos al mar, eran los más civilizados de estos pueblos. Segun Strabon, las ciudades estaban confede-

- (1) Jenofonte, *Anal. Op.*, págs. 376, 377.
- (2) Herodoto, III, 90, VII, 72.
- (3) Jenofonte, *Hist. Gr.*, IV, *Op.*, p. 509. «Agasilao fué á Dascilium, residencia del sátrapa Farnalazo. Estaba rodeado de pueblos grandes y pequeños, pero numerosos y abundantemente provistos de víveres. Habia tambien grandes cazas, ó en bosques cerrados, ó bien al campo. Pasaba por allí un rio emponzoñoso, y de esta suerte los cazadores encontraban grandes cantidades de pájaros salvajes.



radas desde los más remotos tiempos; formaban una república federativa, cuya constitución se asemejaba mucho á la liga aquea. Se reunían para deliberar sobre asuntos públicos; tenían su jefe, el liciarca, y también sus magistrados (1). El origen de esta institución es incierta: véase á los lidios libres antes del período persa cuando sucumben al ataque de los capitanes de Ciro (2). Aunque no se habla expresamente de ningún sátrapa de Licia, sin embargo, sus revoluciones prueban que estuvieron sumisos al Imperio (3). Las relaciones de los panfilios eran las mismas: sus costas eran con frecuencia el puerto de las escuadras y ejércitos persas. Los bárbaros de la Pisidia, por el contrario, fuertes en las cimas de sus montañas, se cuidaban tan poco de los persas, que consideraban un deber de los sátrapas el guerrear con ellos (4). La Cilicia, mucho más extensa, nos ofrece el mismo espectáculo. Este país comprendía, en medio de sus altas montañas, en particular al Este, grandes llanuras y valles de una fertilidad extrema, que producían en abundancia trigos de todas especies y también frutas y viñas.

- (1) Strab., pág. 980.
- (2) Herodoto, I, 28, 176.
- (3) Diod., II, pág. 74.
- (4) Jenofonte, Anab., I, Op., pág. 244.

Por estas comarcas es por donde pasaba la gran vía, que desde las altas montañas de la Licaonia conducía á Tarsis, su capital, ciudad considerable, rica y magnífica, sobre el Ciduo. Por este camino es por donde Jenofonte, en seguimiento del joven Ciro, entró en la alta Asia (1). La Cilicia tenía entonces su propio soberano, Syeunesis, que aunque tributario, llevaba sin embargo el título de rey, y que fué tratado como enemigo por Ciro, hasta que se decidió á ofrecerle sus presentes. Los límites de su territorio, no solamente no estaban bien determinados, sino que los correos persas estaban encontrados con los correos de Cilicia, y los desfiladeros de las fronteras estaban cerrados con puertas. Sin embargo, se hallan algunos sátrapas en este país (2). En las escuadras de los persas había continuamente navios de Cilicia; y no obstante, Jenofonte da á este país las propiedades del imperio (3). Hé aquí una prueba evidente de que los persas, en sus primeras conquistas, dejaron á la Cilicia como á otros tantos países, sus soberanos y sus constituciones, y de que su dominación fué incierta y dependiente de las circunstancias.

- (1) Jenofonte, I, c., pág. 248.
- (2) Arrieno, II, 4.
- (3) Jenofonte, Op., pág. 427.

V

Siria.—Fenicia.—El Irán.—Su posición geográfica.—Sus costumbres.—Comercio.—Colonias. Hábitos.—Tradiciones

Otro de los países situados de este lado del Eufrates, es el formado con las comarcas comprendidas por los griegos con el nombre de Siria. Mas esta denominación es tan vaga é incierta, que es necesario ante todo determinar bien el sentido. El nombre griego de Siria corresponde en su más lata extensión al nombre oriental de Irán, y designa todos los países habitados por el pueblo de los trameos ó sirios. Comprende no solamente las provincias de este lado del Eufrates, sino también la Mesopotamia y la Babilonia, igualmente que la Asiria propiamente dicha, ó el Kurdistan, del otro lado del Tigris. Con frecuencia confunden los autores griegos y romanos la Siria con la Asiria. La Siria comprendía la vasta llanura desde el Mediterráneo hasta los montes armenios y persas, donde se hablaba un solo idioma general, aunque en diferentes dialectos; lo que prueba que una sola población se había extendido por estas comarcas. En su acepción más estricta, compréndese, por el contrario, bajo el nombre de Siria, los países de este lado del Eufrates situados entre este río y el Mediterráneo. Unas veces se incluyen también aquí la Fenicia y la Palestina, y otras se les excluye; particularmente la Fenicia, cuyos habitantes, aunque del mismo origen, se distinguían como comerciantes y navegantes de las poblaciones colocadas en el centro. Eran de un carácter afable y tranquilo, que es propio ordinariamente de los habitantes de las llanuras grandes y fértiles. Fueron varias veces conquistados por extranjeros, sin figurar ellos jamás en la historia de los grandes conquistadores. Sin embargo, los soberanos de algunos pequeños estados, que componían este país, especialmente los de Damasco, intentaron extender su dominación, y lo consiguieron algunas veces. Por regla general, gustaban mejor dedicarse al cultivo de su suelo, que producir en muchos lugares vi-

no (1), trigo (2) y otras especies en abundancia, ó bien cuando la naturaleza del suelo no lo permitía, al cuidado de sus ganados, y en especial al de sus ovejas. Estas ricas y fértiles regiones se extendían principalmente á la parte septentrional, allí donde la cordillera de montañas de la Fenicia, que desciende á lo largo del mar, se divide en dos brazos, el Libano y el Anti-Libano, y cuyas cimas, cubiertas de bosques, comprenden uno de los más deliciosos valles de la tierra, conocido entre los griegos, á causa de su situación, por la Baja-Siria (Celesyria). Considerada como la parte principal del país, se la nombra con frecuencia sola, aunque trate de toda la Siria. El resto era una llanura continua, cuya fertilidad disminuía á medida que uno se alejaba de las montañas y se aproximaba á la Arabia. La falta de agua la transformaba en un verdadero desierto; no se veían más que tribus nómadas con sus rebaños y con tiendas, y no había señales de ciudades ni de moradas fijas (3). Sin embargo, este mar de arenas contenía algunas partes fértiles sobre uno de los puntos cultivados; allí se alzaba la ciudad de Palmira, tan famosa por sus ruinas y donde se detenían antes las caravanas de la India y de la Persia que iban á Tiro y á otras ciudades comerciales de Fenicia, situadas en las costas del Mediterráneo. Otras populosas ciudades había también, ó en el Norte, ó en las comarcas montañosas, como Damasco, que fué algún tiempo capital del país Caliban ó Haleb, etc., etc.; y por último, sobre el Eufrates, como Tapsaca, Circesium ó Carchenósch, más

- (1) En la comarca del Catibon, que producía el vino más exquisito. Strab., pág. 1068.
- (2) Sobre todo trigo, que no había otro mejor que en Palestina.
- (3) Strabon, pág. 1093.